

«bre reducirse á un estado tal que no se pueda hacer distincion entre él y la bestia! Él se hace aun inferior á ella, porque la razon no contiene á un gloton ni á un ebrio donde el instinto contiene á los animales.»

No se ocultó á la filosofia gentilica la fealdad y la bajeza de esta pasion, y en algunas partes se reprimia vigorosamente. Dracon la castigaba en Atenas con la muerte. Licurgo mandó en Esparta descepar las viñas. Pítaco, rey de Mitilene, imponia doble pena al que cometia algun crimen estando embriagado. Zeleuco, rey de los locrios, no permitia el uso del vino sino á los enfermos, prohibiéndolo á los demás bajo pena de muerte. Roma tambien prohibió á las familias acomodadas beber vino hasta los treinta años, y absolutamente á las mujeres. Así Eusacio Metelo, que mató á la suya estándolo bebiendo, fue absuelto. Y sin embargo de todo esto, el Gentilismo, por una anomalía inexplicable de las muchas que en él se advierten, tenia su dios Baco. De todos modos esto prueba que ha sido general el horror que se ha tenido á la embriaguez, proscrita hasta por Mahoma. Todos los códigos de Europa la han reprimido, y debíanla reprimir mas vigorosamente, para que no se ofrecieran con tanta frecuencia á sociedades civilizadas espectáculos tan repugnantes.

¿Y dirémos con verdad que el ebrio al menos es feliz? Dícese vulgarmente *que la borrachez quita penas*; y aun no falta quien para apoyar este dicho acude sacrilegamente á las sagradas Escrituras (1). Pero en este caso debemos confesar que si el sentimiento del dolor y de la pena ha desaparecido del corazon del ebrio, tambien ha muerto en él el sentimiento de la verdadera alegría, dado que la pérdida de la razon acarrea y lleva á remolque consigo la pérdida de todos los sentimientos verdaderos, de los sentimientos reflexivos, que son los sentimientos del hombre (2). Siempre que el hombre no tenga la conciencia de sus actos internos; siempre que *no sepa* que piensa, *no advierta* que discurre, ó *no reflexione* que siente; ó mas claro, siempre que á su pensamiento, á su discurso ó á su sentimiento no preceda ó no acompañe cuando menos la advertencia ó la conviccion íntima de que piensa, de que discurre y de que

(1) «Vinum lætificat cor hominis.»

(2) «Vinum et ebrietas auferunt cor.» (Osee, IV, 11).

siente, no siente ni discurre ni piensa como hombre, ó *modo humano*, como dicen los teólogos, sino como bruto, *more pecorum*: por consiguiente las sensaciones que recibe el ebrio, como son irreflexivas y no las precede ni acompaña la advertencia, no son sentimientos verdaderos, ni pasan mas allá de la carne. Discernir lo agradable ó desagradable de los sentimientos internos, de los sentimientos del espíritu como el que se supone en el ebrio, es acto propio jurídico y exclusivo de la razon; y como el ebrio está destituido de ella, ni le son gratas ni desagradables las sensaciones que experimenta, y por consiguiente estas sensaciones no son sentimientos verdaderos, sino propiamente sensaciones, ni mas ni menos que las del bruto (1). Las sensaciones corporales ó externas del hombre son idénticas á las del irracional; uno y otro sentirán igualmente una lesion; pero el irracional no tiene sensaciones puramente espirituales ó sea sentimientos como el hombre. Se replicará que aunque las sensaciones del ebrio sean idénticas á las del bruto, le son sin embargo gratas *en cierto modo*, aunque no sea *del modo mas verdadero y digno del hombre*, puesto que en el bruto advertimos serle gratas algunas sensaciones. Á esto únicamente contestamos que abandonamos estas dichas á quien estime en tan poco su dignidad que las acepte.

Ahora bien: supuesta en el ebrio la extincion total del principio reflexivo y sentimental, ó de otro modo, supuesto que está privado absolutamente de razon, debemos considerarle en cuanto al principio de los verdaderos sentimientos como un cadáver: en una palabra, debemos suponer que no siente; y como la razon es el carácter constitutivo del hombre y su distintivo de los demás animales, á la suposicion de que no siente agregaremos la suposicion, ó la realidad, mejor dicho, de que no es hombre. Pues bien; luego un hombre sóbrio, aunque le aflija alguna pena, es mas feliz que el ebrio; porque es menor infelicidad tener razon, aunque sea atormentada, que estar destituido de ella; así como no es tanta desdicha el *ser*, aunque sea penando, que el *no ser* de ninguna manera. Por eso los réprobos, como dice el P. Ventura de Ráulica (2) citando á san

(1) «Belluarum hoc quidem extremum est.» (Cic.).

(2) Conferencia XXI sobre la eternidad de las penas.

Agustin (1), son mas felices, si cabe esta palabra, en medio de los tormentos, que si Dios los aniquilara.

El Catolicismo recurrió á los ayunos y á las abstinencias para refrenar y penitenciar la gula, que siempre ha aborrecido, y á nadie se le oculta cuán incesantemente ordena la moderacion en la comida y en la bebida, como pecaminoso que es el exceso en sí, y como fomentador que es de otros vicios. Porfirio veía en la sobriedad y en la mortificacion un freno general para todos los vicios. Su conducta en esta parte estaba de acuerdo con su doctrina, justo es confesarlo; y esta doctrina era quizás la única en que estaba de acuerdo con los cristianos. Sin embargo, combatía en el Cristianismo lo mismo que profesaba como pitagórico. ¡Siempre inconsecuencias!

San Pedro Crisólogo llama al ayuno muerte de los vicios, vida de la virtud, paz del cuerpo, pureza de los miembros, ornamento de la vida, fuerza de la castidad, escudo de la pureza, etc. (2). San Leon le llama el alimento de las virtudes (3). San Jerónimo apoyo y justificacion de todas ellas (4). San Ambrosio hizo tambien una brillante apología de él, así como una horrible pintura de la fealdad y bajeza de la embriaguez (5). Así es que estas virtudes lo son en todos los órdenes: virtudes económicas, virtudes morales, virtudes sociales.

El Evangelio, el Catolicismo es para el hombre un médico no menos que un director espiritual, porque es sabido que la cuchara mata mas gente que la espada (6); ó, como

(1) «Considera quantum bonum est esse, quod et beati et miseri volunt; majus enim est esse et esse miserum, quam omnino non esse. Non esse est maximum (majus) malum quam miserum esse.» (De lib. arbitr. lib. III, c. 7).

(*) Los pitagóricos prescribían el ayuno como útil para las operaciones mentales, y por esta razon vemos que ayunaban los oradores y hombres sabios. Sabido es tambien que Numa instituyó los ayunos, y segun refiere Tito Livio, los oráculos los prescribían en las calamidades públicas.

(2) «Jejunium est vitiorum mors, vita virtutum, pax corporis, membrorum decus, ornamentum vitæ, robor mentium, vigor animorum, castitatis murus, pudicitiae propugnaculum, etc.»

(3) «Virtutum cibus.»

(4) «Jejunium non solum perfecta virtus est, sed cæterarum virtutum fundamentum et sanctificatio.»

(5) Libro de Elia et jejunio.

(6) «Desvelo, cólera y retorsiones tendrá el hombre insaciable.» [Eccli. xxxi, 23]. «In multis enim escis infirmitas... Propter cra-

dice Séneca, multos morbos multa fercula fecerunt. Hipócrates y Galeno hacían consistir el estudio de la salud en no hartarse de comida y bebida. El mismo Epicuro, segun san Jerónimo, recomendaba la sobriedad para conservar la salud, aunque su conducta no concordaba con el consejo.

Á los ayunos de los esenianos y terapeutas de Egipto, unido á su castidad, atribuía Filon su vigor y su salud. Los brahmanes de la India consideran el ayuno y la templanza como la panacea universal de todas las enfermedades.

La oracion del oficio del sábado antes de la primera dominica de Cuaresma nos recuerda todos los años «que el ayuno fue instituido para sanar el cuerpo lo mismo que el alma (1).»

Á vista del continuo llamamiento á la sobriedad, á la templanza, al refrenamiento y al orden en general, ha hallado Hufeland en el Evangelio un sistema higiénico completo, y ha consignado en su *Macrobíotica* estas palabras, que son la significacion del título: «Puede ser considerada la Religion como un medio de prolongar la vida.»

San Basilio llama tambien á la templanza madre de la salud (2). Por último, bien conocido es este refran: *Modicus cibi, medicus sibi*, y estos versos:

Si tibi deficiant medici, medici tibi fiant
Hæc tria: mens hilaris, requies, moderata diæta.

Veamos ya si la Reforma prescribe el ayuno, esa institucion tan fecunda en ventajas y beneficios de todo género, y cómo le practican sus secuaces.

Las gracias que daba Lutero á Dios sobre la mesa se reducían á pedirle en verso:

Beceros gordos y machos cabríos,
Bueyes, carneros y vacas,
Muchas mujeres y pocos hijos. Amen (3).

«Comer bien y beber bien, hé aquí, solía decir, el mejor modo de pasar los dias sin fastidio (4).» Erasmo veía doquiera frailes apóstatas bamboleándose con los vapores del

«pulam multi obierunt; qui autem abstinens est adjiciet vitam.» (Ibid. c. xxxvii, 33, 34).

(1) «Jejunium animabus corporibusque curandis institutum est.»

(2) «Mater sanitatis.»

(3) *Conversaciones de mesa.*

(4) *Ibid.*

vino, y aun enteramente beodos tirados en los caminos y en las plazas públicas.

Cuando en Alemania se reunen tres ó cuatro calaveras, y acuerdan entre sí divertirse y pasar el día á la luterana, *hodie luteranice vivemus*, ya es sabido que para realizar el pensamiento, cuya aprobacion no ofrece por cierto dificultad alguna entre los reformados, es indispensable encaminarse sin detencion á las fondas y tabernas, donde se ha de comer y beber hasta la saciedad. Sin embargo, ahora no se ha hecho mas que la mitad, y no corresponderia su diversion á la máxima tan recibida que han adoptado por tipo, si desde allí no se dirigiesen en seguida á las casas públicas; pues, como dice Tertuliano, «la lascivia y la lujuria «son los apéndices de la gula (1).»

La Reforma, mas sábia sin duda en cuanto al conocimiento del verdadero espíritu evangélico que Tertuliano, el cual hace mencion de la extenuacion de los primitivos cristianos, efecto de los ayunos y abstinencias; y mas concedora aun de este verdadero espíritu que aquellos cristianos, que lo aprendieron de los mismos Apóstoles y de sus inmediatos discípulos; la Reforma, repetimos, presentó un vientre voraz, enorme, que desde luego protestó contra los ayunos y las abstinencias, así como contra toda mortificacion, *por contraria al espíritu del Evangelio*, y aun como criminales *por ser un suicidio lento*; y los reformadores, verdaderos carpocracianos que ciertamente no venian animados de un espíritu anacorético, como manifiesta bien Mosheim (2), sino que, por el contrario, venian á desterrar estos *fanatismos, preocupaciones y supersticiones que han manchado la belleza y sencillez del Cristianismo*, prestaron sus oidos, como era natural, á aquel descontento estomacal; y avisados como estaban ya por sus precursores de que *el ayuno no era mas que un fraude inventado por san Pedro para vender mejor su pesca* (3); ciertos además de que *su clima* rechazaba toda mortificacion, y huyendo celosos y horrorizados el asemejarse á los fakires mahometanos, arrojaron por la ventana los potajes y las colaciones; de lo que resultó esta otra máxima glotónica que dice mucho en favor del Catolicismo, á saber:

(1) *Liber de jejuniis*, cap. 17.

(2) *Historia eclesiástica del siglo II*.

(3) Juan Wessel de la secta de los nominales.

Que es bueno vivir protestante y morir católico; esto es, libre en vida de ayunos, abstinencias y oraciones, y afianzado en la última hora á la única y verdadera áncora de salvacion (*).

Sostienen los protestantes que la inclinacion á las austeridades religiosas es un efecto del clima. En este caso son climas muy singulares aquellos en que á la mortificacion y á la abstinencia católica han sucedido la sensualidad y la intemperancia protestante; siendo todavía mas extraños aquellos en que se ven ambas cosas reunidas. En los protestantes criticando la sobriedad y la huida de los placeres de los católicos, se nos figura ver al pagano Cecilio echando en cara á los primeros cristianos esto mismo. Acusaciones hay tan honrosas para los acusados como denigrantes para los acusadores.

Nadie ignora cuán generalizado está el vicio de la embriaguez, como todos los demás, entre las clases bajas de los países protestantes, especialmente en Inglaterra, donde se calcula que este vicio inmola cincuenta mil hombres al año (1); vicio tan antimoral como antieconómico; pues, como dice el Sábio, «no se enriquecerá el operario dado al vino (2).» Esto se ha visto prácticamente en Irlanda, en que ha desaparecido parte de su gran miseria, al paso que los heroicos esfuerzos del P. Matew, apóstol de la templanza, la han empujado por el camino de la sobriedad, bien á pesar de los episcopales.

De la escasez de sueldo de las clases obreras en aquellos países, merced á la gran concurrencia que ha producido la sustitucion de las máquinas, vemos emanar un resultado moral ventajoso; aunque es preciso reconocer que no es esto lo que se pretende por medio de la baja de jornal. Es este resultado el que como no pueden los trabajadores prescindir de tomar algun alimento, se ven obligados á invertir en él todo su sueldo, y aun muchos se contentan con un alimento cortísimo é insano por deducir del sueldo alguna

(*) La madre de Melancton, viéndose cercana á la muerte, para calmar la ansiedad y los escrúpulos que en aquella hora se reavivaron, preguntó á su hijo cuál era la verdadera religion, y este la contestó: «La nueva es la mas cómoda para vivir; la antigua (la católica) es la mas «segura para morir.»

(1) Descuret, *Medicina de las pasiones, de la Borrachez*.

(2) Eccli. XIX, 1.

parte que emplear en los licores. De modo que nos atrevemos á afirmar que si se les aumentase el jornal (como esto no obsta para que sea justísimo), merced á las teorías económicas del desarrollo indefinido y á las doctrinas religiosas de que están imbuidos (los reformados), estarían privados de razón la mayor parte de su vida. De manera que por un extraño suceso estos sistemas están conteniendo *de algún modo* aquello mismo á que están impulsando *de todos modos*, no menos que si á una persona se la fomentase de intento el hambre con salsas excitantes, para darle despues un alimento mezquino, lo cual es el suplicio de Tántalo; viniendo á ser por ello *algún tanto* morigeradores, por ser en *extremo* inícuos. Y véase aquí como hasta los principios económicos, sociales y domésticos andan extraviados fuera del Catolicismo; y véase en esto mismo una prueba negativa de lo mucho que el Catolicismo sirve y aprovecha á la economía política.

En cuanto á los sofistas y sectarios del sensualismo, «cuyo Dios es su vientre (1),» que prescindieron de la máxima antigua *sustine et abstine*; que se desentendieron de Pitágoras (*), el cual *esurire docebat*, y se volvieron á Epicuro, que no hallaba la felicidad «sino en comer y beber (2);» dicho se está que si ellos consiguiesen ver á todos los hombres destituidos de razón, *que no sirve mas que para hacerle insensato y criminal*, y reducidos al solo instinto como los animales, segun deseaban los epicúreos (3), entonces estarían perfectamente satisfechas sus exigencias y sus deseos, porque el hombre materializado y no el hombre racional, el hombre de pasiones y no el hombre de razón, el bruto y no el hombre, este es el hombre del Filosofismo. Para él es una impiedad mortificar lo mas mínimo los sentidos é ir contra Dios (4); y es un mónstruo el que tal hace (5). No deja de

(1) «Quorum Deus venter est.» (*Philip.* III, 19).

(*) Hay algunos, sin embargo, que sin ponerlas en ejecución ensalzan hasta las nubes las lecciones de Pitágoras sobre la frugalidad, y luego vituperan estas lecciones como una tiranía en la Religión. Tan torpes hacen á estos críticos sus principios, que ni siquiera saben disimular su prevención y animosidad.

(2) Séneca, *carta XVIII.*

(3) Cic. *De natura Deorum*, lib. III.

(4) *Petimetre Sósafo* citado por Bergier, *Traatado histórico*, parte 1.

(5) *Pensamientos Mosáicos*, citado por id. *ib.*

ser significativo el que estos admiradores de la antigüedad hayan imitado, como observa Chateaubriand, todos sus vicios y ninguna de sus virtudes (1); aunque, á la verdad, ofrecieron muy pocas por modelo.

Rousseau confiesa que si fuera rico seria cuanto sensual y regalado pudiese; y si se dedicase á algun trabajo, seria con el objeto único de excitar el apetito. Y ¡admírese su sensualismo! conociendo «que la salud solo con la templanza se compra, y que sin salud no hay deleite verdadero, «*seria, dice, templado para no dejar de ser sensual* (2).» Este retruécano podrá ser gracioso y agudo, pero tiene la desgracia de no ser posible; si lo fuera envolveria una acusación contra el Evangelio: supondria compatibles la templanza y la salud con la sensualidad, siendo así que cuando aparece esta desaparecen aquellas: empieza la última donde las primeras acaban. Bajo este aspecto no debió pesarle á Rousseau el no ser rico: no hay medio para él: ó sujeción completa á la templanza prescrita por el Evangelio, ó pérdida de salud.

§ VI.—Envidia.

La envidia lleva consigo otras dos pasiones: el odio hácia aquella persona que posee el objeto del deseo del envidioso, y la ambición, foco de la envidia, la cual, frustrada por hábersela arrebatado el objeto ambicionado, engendra tambien aquel odio. Por manera que aquí tenemos otra vez dos pasiones cuya existencia presupone otra pasión; presuponiéndola la una siempre y absolutamente, y la otra relativamente y algunas veces. La envidia es la que lleva la presuposición absoluta de la ambición; de tal modo que donde está la envidia de seguro está allí la ambición, su madre, y donde no hay ambición de seguro no habrá envidia, como no hay efecto sin causa. Pero eso sucede lo mismo con el odio, el cual unas veces presupone la ambición y otras veces no, segun que la causa del odio sea una lesión de los intereses propios ú otra cualquiera. Que la envidia presupone siempre la ambición, la misma experiencia lo demuestra; puesto que jamás se ha visto que una persona se

(1) *Ensayo*, tomo I.

(2) *Emilio*, lib. IV.

entristezca (lo cual es una de las dos acciones características de la envidia) porque otra posea ú obtenga lo que ella no apetece ni desea, ó lo que desprecia; y la envidia no puede recibir el ser de otra parte que de un deseo arrebatado ó de una esperanza frustrada. De la misma manera nos demuestra la experiencia que el odio no siempre presupone la ambicion. Aborrecemos al ladron al saber que ha despojado á una persona, no porque en aquel acto somos ambiciosos, sino porque somos equitativos y justos; pero si somos nosotros los despojados, el odio que concebimos contra el ladron no es producido por la consideracion de la malicia é injusticia de la accion que ha cometido, como en el primer caso; de esto ni siquiera nos acordamos; sino porque llevándose el dinero nos arrebató los medios de realizar nuestros proyectos ambiciosos (hablamos en la suposicion de que este dinero fuese supérfluo para nuestra subsistencia decorosa): de modo que ya no es la iniquidad lo que contemplamos, sino la vaciedad del bolsillo.

La envidia, además de la ambicion, que es su madre, lleva siempre consigo el odio, que es su inseparable compañero; y de tal modo se confunden, reproducen y prohijan el odio y la envidia, que no sabemos cuál de las dos pasiones es el principio de la otra. Charron las hace hermanas carnales. Lo que sabemos es que el hombre unas veces *aborrece* porque *envidia*; si otro posee la cosa objeto de su deseo le aborrece; otras veces *envidia* porque *aborrece*; si otro á quien odia prospera le envidia. Y tambien es sabido que el hombre *no envidia si no aborrece*; y por eso no envidiamos á nuestros amigos verdaderos y parientes favorecidos de la fortuna.

La tristeza que el envidioso concibe por el bien del prójimo no es otra cosa que el odio que ha concebido contra él; odio que se antepone necesariamente á esta envidia. Y sino ¿por qué se encuentra la envidia en una persona hácia otra con la cual antes de obtener la cosa objeto de la envidia de aquel le unian los vínculos de la amistad? ¿no debió alegrarse del bien de su amigo en vez de entristecerse? Siendo como es la tristeza (carácter de la envidia) una afeccion puramente interna que no debe salir del pecho del entristecido, no puede producir por sí sola esos efectos exteriores, esos rompimientos de amistad: ¿se indispone por ventura

con sus amigos el hijo por la tristeza que le causa la muerte de su padre? No: la tristeza no obra fuera del hombre; luego es necesario convenir en que la tristeza que este concibe por el bien ajeno entraña alguna cosa especial que no tiene la verdadera tristeza; esta cosa es *el odio causado por el obstáculo puesto á la ambicion*. Por manera que la envidia se define con mas propiedad un *odio al prójimo* que una *tristeza propia*. Esta es un puro efecto de aquel.

De la envidia, que tantas otras pasiones lleva consigo, surgen tambien dos especies de degradacion para el hombre: la una porque envidiándose necesariamente lo que se ambiciona, como hemos visto, resulta que envidiando el hombre riquezas, v. g., en el hecho demuestra que las ambiciona; y cuando el deseo de cosas tan indignas domina al hombre, está bien indicado que este se degrada á sus propios ojos; porque con su vil sumision á las cosas materiales y perecederas se reconoce inferior á ellas, y no alcanza otros objetos mas dignos de sus deseos; y la otra porque el que *envidia aborrece*, y el que aborrece porque envidia se constituye en la degradacion de los brutos, que pugnan por la presa. La envidia incluye, segun hemos dicho, la ambicion hácia la cosa envidiada, y el odio hácia el envidiado. San Ambrosio dice muy acertadamente que es preferible el hombre perverso al envidioso, «porque es mas fácil de sufrir al que quiere para sí el bien, que al que quiere para «todos el mal (1).»

La envidia infelicita tambien al hombre. Al envidioso atormenta continuamente una comezon, una inquietud y una desazon profunda (2); él enciende en su pecho un volcan que consume sus carnes (3). ¡Qué arrebatos y qué furros sufocados en su corazon! Nos parece ver en la envidia á la pasion de la ira estallada interiormente.

«El envidioso, dice H. J. Thomas (4), alimenta en su corazon una pasion de naturaleza maléfica que le abate y le

(1) «Fili, fugite improbos, cavete invidos. Inter improbum et invidum hoc interest, improbus suo delectatur bono, invidus torquetur alieno; ille diligit mala, hic bona odit; ut prope tolerabilior sit qui sibi vult bene, quam qui male omnibus.» (De officiis ministrorum. lib. II, cap. 30).

(2) «Ubi enim zelus... inconstantia et omne opus pravum.» (Jacob. II).

(3) «Putredo ossium invidia.» (Prov. XIV, 30).

(4) Misiones parroquiales, sermon sobre la ira.